

---

## Proyectando palabras

**Szelagowski, Pablo E. M.**

[pablo.em.szelagowski@gmail.com](mailto:pablo.em.szelagowski@gmail.com)

Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Laboratorio de Investigación Proyectual. La Plata. República Argentina.

Línea temática 2. Palabras, categorías, método  
(Términos clasificatorios, taxonomías operativas)

### Palabras clave

Palabra, Enseñanza, Proyecto, Método, Lenguaje

### Resumen

Las palabras poseen la capacidad de enfrentarnos activamente con los problemas de diseño. Nos permiten analizar y nos impulsan a actuar, a proyectar. Pero la mayoría de las veces, en la enseñanza del proyecto y de la arquitectura, las palabras son utilizadas de manera negativa.

La enseñanza clásica y conservadora de la arquitectura, tan difundida en nuestro medio, utiliza las palabras para cerrar, clausurar discusiones, detener, inmovilizar, aceptar, y en consecuencia no pensar, no debatir. En nuestras investigaciones y acciones pedagógicas relacionadas con el estudio y aprendizaje de la arquitectura proponemos revisar las palabras para ampliar los significados emergentes y extender el campo operativo de la analítica y de la acción proyectual.

Cambiar las palabras para romper los límites de lo establecido, lo conocido, lo seguro lo aceptado, lo que inmoviliza, lo que instruye y no construye. Estos reemplazos de palabras, mediante

metodologías de trabajo específicas, se proponen para efectivizar el avance y el cambio necesarios en la enseñanza universitaria, relacionada con el conocimiento profundo de las obras del pasado y de la actividad proyectual específica, enmarcadas en las problemáticas propias de la contemporaneidad. Las palabras y las cosas, y las actuaciones, necesarias para eludir la enseñanza superficial y dogmática de la arquitectura.

### **de las palabras**

En la investigación académica formal, en la enseñanza universitaria de la arquitectura, de la historia de la arquitectura y en particular del proyecto, habitualmente se utilizan muy mal las palabras; se usan con espíritu reductivo, confiando en sobreentendidos, en significados superficiales, por lo que sería totalmente factible componer un *diccionario de las malas palabras en arquitectura*. Y en esto también contribuyen no solo los medios que divulgan la arquitectura sino también gran cantidad de textos “aclamados”.

Estas malas palabras apuntan a métodos o formas de actuación limitadas, cerradas, que cercenan la capacidad de invención en esta área del conocimiento tan dinámica. Las palabras se repiten y van perdiendo potencia, adquieren valor superficial, se dan por conocidas y por valederas sin dar lugar al pensamiento crítico o la mínima reflexión sobre su pertinencia.

Como si el problema no fuera menor, el lenguaje, las palabras en arquitectura, sufren además invasiones (como en el lenguaje en general). Por un lado la invasión de las siglas o los acrónimos, sobre todo en el ámbito técnico de la disciplina; por otro lado no los anglicismos sino las transposiciones de frases o palabras provenientes del inglés que innecesariamente se incorporan al lenguaje cotidiano, sin querer advertir que la penetración cultural está acechando en nuestra lengua o en nuestros teclados. Se adoptan términos en inglés a pesar de que el idioma español los puede explicar clara y perfectamente. Esto tiene una finalidad, la cual ya enunciamos, pero además tiene varios canales: el canal proveniente del mundo de los negocios, muchas veces proveedor de los encargos de arquitectura; otro motivo es el esnobismo de los profesionales, la necesidad de demostrar que se está actualizado, como si no se pudiera estarlo en castellano. Otro canal invasor son los programas, aplicaciones, y plataformas y otros componentes de la informática, de internet, de las redes sociales, o incluso más reciente, las videollamadas de pandemia que han acuñado la frase “estás muteado” por querer señalar a alguien que está silenciado. La palabra arquitectónica sufre estas invasiones que también contribuyen a decir para no decir. Lo anterior indica también la temporalidad de

los vocablos usados. Cada momento tiene sus palabras contraseña, palabras de moda generalmente también sometidas al vaciado de contenido como desde hace un tiempo atrás presenciamos la reiteración de lo “sostenible”.

No queremos decir que las palabras no pueden cambiar, transformarse, abandonarse o crear nuevas. Esta es la propiedad básica de una disciplina en constante cambio. Poder crear palabras nuevas pero precisas, y profundizar en las existentes nos permitirán llegar más rápido a ideas, conceptos y proyectos nuevos.

Lo que venimos hablando no es ajeno a una sociedad que deteriora las palabras y sus significados constantemente. Estamos en un mundo en el que el París-Dakar se corre en Bolivia, el Rock'n Rio se hace en Chicago, y las cajas negras de las aeronaves son de color anaranjado, entre otras de las varias contradicciones del lenguaje en las que nos movemos. Por ello, proponemos realizar un ligero recorrido por los distintos ámbitos de nuestra disciplina en los que se usa la palabra para explicar al proyecto de arquitectura a costa de llevarlo a otro lugar, un lugar que no es el específico de la disciplina un lugar que lo degrada.

### **de las palabras en los medios**

Nuestra disciplina comprende diversos espacios de acción y por lo tanto su forma de comunicación verbal varía según cada ámbito involucrado. Es así que encontraremos sub lenguajes arquitectónicos o jergas que difieren según el espacio en que se desenvuelven. En muchos de los casos se construye un lenguaje que no es el de la propia disciplina en pos de una idea de divulgación de la misma. Estos lenguajes de divulgación se van alejando de los conceptos y significados propios de la arquitectura creando en el público una idea de la arquitectura que no se corresponde con la de la actividad proyectual. Es sumamente ilustrador el caso del uso escrito o verbal de la palabra que habla de la arquitectura en los medios de divulgación masiva tanto en revistas y diarios como en programas televisivos. Estos últimos son quizás el caso más relevante para estudiar dada la impunidad con que se expresan asuntos de nuestro hacer, muchas veces producto de guionistas o actores “aficionados” a la arquitectura que despliegan palabras grandilocuentes finalmente vacías (canal Encuentro, canal á). Preocupa esta situación dado el alcance de los medios que las propagan, y en algún caso además se trata de medios de propiedad estatal. Educar con conceptos erróneos puede ser un error involuntario o también una política. La palabra no es inocente. Muchas veces fue instrumento de dominación, no sólo por conocerla sino también por ignorar que un tipo de significado existe.

El inicio del nuevo siglo nos encontró en el auge de publicaciones locales de arquitectura, las que frente a la ausencia de material del exterior por la crisis, promovían las nuevas obras de “actualidad” pero bajo esos conocidos criterios de la prensa de querer decir todo con un título. Este era caso de los suplementos semanales que los diarios y otras publicaciones de tirada nacional dedicaban (y hoy algunas lo siguen haciendo) a nuestra disciplina. Elemento de consumo como información para miles de almas en la ausencia de las tradicionales revistas extranjeras, el suplemento de arquitectura de los diarios encontró su época de oro. En estos suplementos no sólo fue y será notable la venta de los espacios sino también su condición de transporte de material que flota en la web derivado fácilmente al formato gráfico. Hoy en día, con otros criterios, estos medios son más visitados en la web que en su forma física.

Pero volviendo a ese momento, una de las características más notables de estas publicaciones masivas fue la tendencia a los grandes titulares que en un mismo momento anunciaban y definían el objeto presentado en el artículo. El titular como entidad sería objeto de otros estudios, pero es importante remarcar que la costumbre de la lectura en línea de los periódicos ha monumentalizado el valor de ellos por sobre el texto que los acompaña. Hoy en día, de los diarios se leen sólo los titulares a tal punto que en los últimos años, el titular, en lugar de afirmar, se ha transformado en pregunta como anzuelo para que alguien ingrese obligadamente al texto del artículo.

Los titulares de aquellos suplementos mencionados hicieron escuela para comentaristas y allegados a la arquitectura, divulgadores en otros medios masivos. El titular se componía de sentencias que dejaban perplejo al lector y desorientaban al más interesado. Estas sentencias se construían apelando a técnicas de confusión notables como por ejemplo la de invocar a los opuestos situándose justo en un punto medio, difuso e indefinido, llegando a publicar titulares como “Realidades Surreales”, “Joyerero de la chatarra” u “Oposición y Mímesis” como pudo verse en artículos de La Nación, Clarín Arquitectura o en el suplemento del Cronista Comercial.

No se crea que el uso de las palabras para describir arquitecturas no llegó allí al nivel del disparate. Sí, también se ha hecho. En ese espacio tenemos títulos como “Geometrías con Glamour” o “Art Decó Tropical”. Si por proyectar el museo Guggenheim en Bilbao, Gehry se convirtió en “joyero de la chatarra” creemos que sería entendible la intención de un arquitecto de solicitar que no le publiquen nunca más una obra.

Pasados unos años, páginas en la red se dedicaron a presentar obras nuevas, esa función que antes cumplían las revistas en papel; influidas quizás por la moda de lo mínimo, éstas comenzaron a titular los artículos sin juegos de palabras, sin doble sentido, solo enunciando “la obra de... en tal lado”. Este nuevo laconismo en los títulos de estas plataformas con gran cantidad de

seguidores por supuesto fue contagiando estilísticamente a los suplementos o secciones de arquitectura de los periódicos locales.

### **de las palabras en la investigación**

El mundo de los investigadores y el de los tesisistas es otro espacio en que el lenguaje escrito de la arquitectura sufre algunos inconvenientes. Dado que la mayoría de las investigaciones en arquitectura poco tiene que ver con el proyecto (y en algunos casos tampoco con la arquitectura), existe una capacidad admirable de crear palabras floridas y pseudo científicas para suplir esa falta esencial, la componente central de la arquitectura. Surge aquí otro problema, más complejo aún, porque se da dentro del ámbito de la disciplina. En gran cantidad de trabajos de investigación publicados se encuentra un arte del decir y del no fijar un punto cercano a la arquitectura y al proyecto. El lenguaje del investigador (obligado por un sistema conservador y antiguo contra el que no se rebela) se ha ido constituyendo en una prosa descriptiva, poco analítica, que además no puede sobrevivir sin la constante y numerosa referencia a otros textos; se otorga mucho espacio a la cita y a la referencia bibliográfica y, en consecuencia, muy poco espacio a las ideas propias, lo que justamente sería el objetivo de la investigación como instrumento para el avance por sobre lo ya hecho.

Sería justo aclarar aquí que la culpa no proviene exclusivamente del ámbito de la arquitectura sino de la invasión de las metodologías de las ciencias sociales y otras áreas del conocimiento alejadísimas del proyecto, las que, alentadas por la burocracia universitaria, han dejado su impronta negativa en qué, cómo y para qué investigar en arquitectura. Por ejemplo: ¿cuánto costó que se considerara la investigación proyectual como una instancia de producción de conocimiento? En esa campaña de reivindicación cayeron exhaustos varios luchadores del proyecto. En la actualidad no ha cambiado mucho el panorama ya que vemos que los cursos sobre metodología o escritura de los programas de investigación están a cargo de personas que no saben de arquitectura, no porque sean malas personas sino porque se dedican a otra cosa (generalmente provenientes de las ciencias sociales).

Si esto no cambia, la investigación en arquitectura seguirá atada a formas de tratar los temas, formas de escribir y de hablar que no nos son propias o que no sirven para el avance y el conocimiento nuevo. Seguiremos con un lenguaje cerrado, uniformador, que siga confiando en clasificaciones y taxonomías de las que ya nadie se acuerda quién ni para qué las inventó. ¿Por qué debe haber normas tan cerradas para escribir, si tal escritura trata de ampliar el conocimiento o al menos sus fronteras? Nadie se plantea porqué un arquitecto tiene que citar obligadamente una bibliografía con las normas que inventaron los terapeutas de un país dominador. Incluso cuando esas normas transgreden

cuestiones básicas del conocimiento como por ejemplo la ridícula regla de tener que poner la fecha de un texto de Nietzsche como (2015) ¿sólo porque se agotaron los ejemplares de origen? y no el año en que se publicó el texto, lo que inmediatamente nos remitiría a un contexto específico más ilustrativo. Todo da lo mismo, solo interesa la norma o la forma, porque muchas veces los evaluadores, al no comprender el contenido de los trabajos se escudan en esos asuntos para señalar que están presentes y que aportan al evento.

Lo cierto es que estas normas centenarias promueven la ejecución de trabajos en los que muchas veces se realiza el refrito de ideas, transformando consecuentemente las investigaciones en compendios de textos que ya estaban escritos, de ideas ya constituidas, de material gráfico que ya existía, en las que la novedad es sólo que están ubicados todos juntos. Repetir sin saber de qué se habla, o cuál fue la intención original de ese texto. Cuanto más se cita, pareciera que el comité evaluador se siente más feliz.

En cuanto a las palabras y al estado conservador de la investigación, también hay palabras correctas o aceptadas que todo investigador debe incluir, al menos en el título. Entre ellas, una serie de palabras tácticas que advierten al lector malintencionado, que quiera creer que ese texto agota un tema, dejando al autor con una cierta inmunidad frente a ese posible señalamiento. Para conseguir ese efecto se usan frases como “Materiales para el análisis de...”, “Una aproximación a...”, “Alcances del concepto tal...”, “Una mirada desde...” etc. Infinidad de clichés que desde los experimentados directores de proyecto se traspasan a sus discípulos o practicantes. Y también palabras fetiche que no deben faltar. Si hay, cualitativos y cuantitativos e indicadores, todo irá bien. Si el trabajo es sobre la ciudad, Espacio Público o Espacio Social aportan mucho...y nada a la vez.

### **de las palabras en la historia de la arquitectura**

Si el trabajo es de historia de la arquitectura deben estar presentes las firmitas, las utilitas y las venustas, por más vetustas que sean, o el espacio poché y otras voces que no deben faltar. El tema de la escritura de la historia sería tema para desarrollar exhaustivamente en otra ocasión, pues hay material de sobra para escribir un manual de cómo escribir textos sobre historia de la arquitectura: un arte de escribir para hablar de cualquier cosa que este alrededor de ella, sin llegar a hablar profundamente de arquitectura.

Aquí confluyen varias cuestiones que determinaron la manera de tratar a la historia de la arquitectura con palabras. En primer lugar la lamentable situación de que la escritura sobre arquitecturas del pasado comenzó a manos de Winckelman, alguien que no entendía de qué se trataba la arquitectura y sin embargo se animó a escribir. Y no sólo eso, sino que hizo escuela. Otra vez

más, muchos se dedican hablar sin poder decir nada en concreto. Descripciones vagas, anecdóticos, clasificaciones descaradamente reductivas como lo señala Flaubert en su Diccionario de las Ideas Recibidas.

Por otro lado, en la modernidad, irrumpen los críticos de arquitectura. Muchos de ellos con formación solo en Historia del Arte, o con cursos básicos de arquitectura, académicos de profesión, intentaron hablar de proyecto sin saber de qué se trata la acción de proyectar, sin entender qué implica desarrollar esa actividad. Mirando siempre desde afuera, como lo señalaba Rykwert al comparar a los historiadores con los eunucos, diciendo que ellos saben quién hizo qué con quién, pero sin entender para qué lo hacían.

En otro costado de la cuestión están los historiadores profesionales de la arquitectura que no son proyectistas (y a veces tampoco arquitectos) que han sido los autores de los textos usados por educadores y estudiantes en los últimos cien años. Textos con los que hemos estudiado los de mi generación (no digo adquirir conocimiento) y que la gran mayoría de los docentes e investigadores de la Historia de la Arquitectura todavía hoy atesoran. Textos totalmente alejados del problema central de la arquitectura, el proyecto, siempre merodeando los suburbios y machacando con la idea de que la arquitectura es sólo un resultado del contexto social, político, económico, religioso, etc. y nunca resultado de ideas, estrategias, o de cuestiones estrictamente disciplinares. Por la manera en que degradan a la disciplina con este tipo de mensajes parecieran estar subvencionados por otras áreas del pensamiento. Y aquí las palabras tienen toda la libertad de expresión excepto la de hablar del proyecto, de sus procesos, de sus mecanismos. Es conocida la escritura de historiadores locales que para hablar de Oscar Niemeyer tienen que caer obligadamente en su posición política y en la relación de Brasil con los Estados Unidos, o que si se habla de Le Corbusier tienen que indagar si era o no cercano a Vichy (además de usar la palabra *elegante* para describir edificios significativos de la arquitectura argentina).

Otro ejemplo de esto es algún autor que describió las fachadas de Miguel Ángel para la Basílica de San Pedro de Roma como “musculosas”. Como salta a la vista, todos los temas de esos textos permanecen situados en la periferia al proyecto. Aquí nuevamente estamos en decir para no decir nada, para no avanzar en nada, para repetir con palabras más actualizadas; es decir, se renuevan los estilos del discurso pero no lo que se dice. La receta para escribir así es la siguiente: sé superficial, sé descriptivo, sé anecdótico, simula ser culto y triunfarás.

Podemos ejemplificar la clásica manera de hablar de una arquitectura sin decir nada presentando un fragmento de un texto de Manfredo Tafuri quien al dedicar un párrafo a Louis Kahn en el libro escrito junto a Francesco Dal Co dice de la obra de este arquitecto lo siguiente:

Igualmente letal, por palingenésicas expectativas, es la obra de Louis Kahn, con la que cierra todo espacio a la mitología del eterno retorno de los «sagrados principios» de la tradición de lo nuevo y abre el espacio inefable de la narración de una nostalgia. Nostalgia de un signo que vuelve a recorrer las propias vicisitudes en busca del momento, perdido en el laberinto de una historia indecible, en la que se ha perdido el propio referente; nostalgia de un universo discursivo que la arquitectura no puede atravesar sin renunciar a su presencia en el mundo; nostalgia de una realización confortante entre normas y transgresiones, capaz de hacer brotar, del alambique a través del cual se destilan roturas y daños, una «circularidad» de la palabra, su plenitud, una globalidad que deriva de la consciencia de los propios límites. La nostalgia es lo que diferencia el discurso de Kahn sobre las instituciones de los actos conmemorativos celebrados por sus contemporáneos. Tafuri / Dal Co (1978): 408-409.

Más allá de la posibilidad de una dudosa traducción del texto original en italiano, si algún lector pudo imaginar cómo es la obra de Kahn, cómo son sus condiciones espaciales o materiales, el uso de los elementos o algo en particular a partir de este texto, es que posee una capacidad asombrosa de traducción del lenguaje poético o el de la ficción al lenguaje arquitectónico, disciplinar. Se habla mucho y no se dice nada. Se cree que se aprende y no se construye ningún conocimiento; este no es un párrafo aislado, sacado de contexto. Los textos de Tafuri están constantemente navegando en este plano. Sin embargo muchos historiadores locales, especialmente centrales, lo elevaron siempre a categoría de ídolo indiscutible.

Tantos arquitectos han hecho tanto esfuerzo para crear y hacer que la arquitectura avance y tenga siempre la posibilidad de lo nuevo, que es muy deshonesto tratar a sus obras de este modo. La historiografía demuestra estar inundada de este tipo de acercamientos a los proyectos de los arquitectos. Lamentablemente, es mucho más fácil escribir generalidades sin compromiso que investigar en profundidad y exponerse con ideas o posiciones propias.

### **de las malas palabras en la arquitectura**

Está claro que no se necesita ser escritor profesional para expresar ideas en arquitectura, pero sí es importante precisar las palabras y comprender lo que involucran en su totalidad, no en su aproximación superficial, sobre todo en la enseñanza. La palabra, es decir las ideas, los pensamientos, las estrategias de arquitectura y de proyecto cuando pasan al campo del lenguaje oral o al de la

escritura, muchas de las veces pierden la contundencia, la claridad la profundidad que aquellos conceptos o ideas poseen en origen.

Y en el taller de proyectos todo esto también sucede. Y debemos cambiarlo. Por este motivo recorreremos también las palabras utilizadas a la hora de desarrollar, criticar y evaluar proyectos en las universidades.

Uno de los componentes de mayor incidencia en la reducción del pensamiento creativo del proyecto es el uso restringido y mal figurado del lenguaje, de las palabras, en la comunicación docente-alumno alumno-docente al momento de la argumentación proyectual o de la evaluación. Decenas de frases hechas que refieren a imágenes pobres, tipifican, clasifican y encasillan al pensamiento creativo, actuando en contra de la esencia de la actividad proyectual en la que las actitudes deberían fundarse en el pensamiento, el estudio profundo, la investigación paciente, la reflexión, la contemplación y el aporte de un espíritu crítico para poder resolver un problema humano.

El vastamente rico y apasionante mundo de la investigación proyectual tipológica es, por ejemplo, continuamente cercado por tipificaciones absurdas, pobres en contenido y con escasas posibilidades de generación de un pensamiento alternativo. A partir de frases hechas no repensadas y repetidas hasta el hartazgo, los estudiantes de arquitectura absorben (no aprenden) reglas de comportamiento y acción impuestas sin reflexión alguna. Palabras que aparecen libres en un sentido positivo (o sea potenciales de encontrarles un significado nuevo) se transforman en elementos que imponen figuras, imágenes y clisés establecidos y permitidos en la enseñanza del proyecto. Este ataque brutal a la libertad de pensamiento se da a través de palabras muy simples, que inocentemente configuran el único lenguaje de entendimiento entre el estudiante proyectista y su tutor de taller.

Teniendo una lengua tan rica como el castellano consideramos un crimen reducir el uso de las palabras a un código tan cerrado, teniendo en cuenta nuevamente que se trata de la enseñanza impartida en instituciones universitarias. Tira, torre, placa, vagón, pieza, pastilla, partido en L, partido en U, contenedor, un gran techo debajo del que pasan cosas, un objeto que dialoga con el entorno, tomar la línea municipal, jugarle a la contraforma, hacer un recorrido, enchapar la medianera, tener otra geometría, apilar servicios, armar un claustro, abrirse al verde, tener corte, ser permeable, generar lugares de encuentro, tener escala barrial, ser más urbano, jugar con los materiales, ganar visuales, tener un eje, usar volúmenes puros o materiales del lugar, hacer ciudad, ser sensible, tener una forma orgánica, crear actividades, (y actualmente) operar, informar, y el uso de la palabra sistema para cualquier cosa, son algunas de las tácticas de enseñantes y enseñados para obviar el acto doloroso (pero rico y reconfortante) de pensar cada cosa en la profundidad que se merece, ya que ese espacio diseñado será parte de un

ambiente que modificará al sujeto que lo habite. Se constituye así una especie de tratado proyectual tácito de palabras y acciones, un conjunto de malas palabras. Estas muletillas del habla y en consecuencia de la acción proyectual generan como resultado una producción repetitiva sin cabida a lo experimental y de soluciones siempre recurrentes, hasta tal punto que si uno ve un proyecto de taller sin fechar no sabe si fue hecho en los años '80, en los '90 o en la actualidad, salvo por condiciones muy particulares de la expresividad del lenguaje arquitectónico o por la técnica de dibujo manual o digital.

El código reducido en la comunicación docente-alumno es aplicado lamentablemente también en la comunicación docente-docente al momento de evaluar comparativamente trabajos de distintas comisiones.

Por su parte, el planteo del problema de diseño por parte de los docentes comienza muchas veces con un acto reduccionista de imponer un polígono (supuestamente un terreno) y una lista de superficies destinadas a una actividad tal (un supuesto programa de necesidades) sobre los cuales comenzar a pensar. ¿Qué se puede comenzar a pensar desde allí más que el de acomodar superficies grandes y chicas como si fuera un juego de ingenio? Este pobre acto inicial basado en dos palabras (terreno y programa) anula la capacidad de pensar soluciones alternativas y caminos de exploración proyectual, es decir propone aburrimiento y burocracia proyectual desde el inicio. Y aprovechamos aquí para hablar de la palabra programa a la cual se la aplasta cuando se la relaciona con esa lista de espacios y superficies a diseñar. La palabra programa implica desarrollo secuencial, tiempos, es decir un programa de actuación, que entendido así sería mucho más provechoso para el diseño que la sola indicación de una lista de supermercado.

A la hora de ejercer la práctica de la enseñanza del proyecto en el taller no se hace demasiado hincapié en estudiar los posibles métodos de argumentación del proyecto, es decir, las formas argumentativas que durante la historia de la arquitectura se experimentaron ampliamente. Esto quizás pudo haber sido por las malas experiencias de los años '60 y '70 que impregnaron la mecánica de diseño con técnicas absolutistas de escaso desarrollo de condiciones de diseño, pero con una alta rigurosidad en procedimientos pseudocientíficos asfixiantes. Pero de todos modos, la posición contraria, casi naif de creer que sólo la experimentación define un camino argumental en el proyecto, concluye en la tiranía de las posiciones del docente por sobre el estudiante. Si la palabra libera, entonces sería ésta el arma del estudiante para mantener distancia de la tiranía del docente. La capacidad de argumentar con la palabra, de precisar los conceptos que motorizan el proyecto es absolutamente importante. Es parte de la reflexión, de la construcción de un pensamiento crítico y operativo.

La poca explicitación de estas problemáticas en los talleres y su consiguiente falta de discusión, genera mecánicas de proyecto erráticas en las que

cualquier solución organizativa, técnica, estética y espacial da lo mismo, siendo la arbitrariedad, el clisé, (o el gusto) quien toma las decisiones del caso.

En este proceso casi espontáneo de diseño se apela entonces a fracciones de saberes en medio de una ausencia fundamental de pensamiento crítico y de operación consciente del diseño. Se apela simplemente a la inclusión de bálsamos o muletilas, palabras vacías que enmascaran la responsabilidad del diseñador de llegar a fondo con la investigación y resolución de los problemas presentados. Decir que se hace un “claustro” muchas veces tranquiliza al novel diseñador y al distraído docente, cuando en realidad no se estudia su significado y sus componentes en toda su complejidad, quedando sólo en una adopción formal conveniente y ni siquiera parecida al objeto que originó el vocablo.

El docente en su rol de asistente y de crítico debe realizar preguntas, indagar el problema no otorgar las respuestas, por eso es importante el uso correcto del lenguaje.

También aquí se pone en juego a la hora de enseñar cómo se nombran las obras referenciales de la arquitectura del siglo XX. Se dice el *Pabellón de Barcelona* cambiando el significado o la esencia de lo exhibido, o con el reductivo nombre de *Casa del Puente* o *Casa de la Cascada*, quitamos a sus autores todas las intenciones de secuencia espacial, propuesta material, estructura organizativa y demás componentes de la obra, solo por repetir algo que alguien a quien ni siquiera conocemos acuñó.

### **otras palabras, otra forma de pensar**

Si dejamos de lado la inercia de repetir automáticamente palabras de otros, si ejercitamos el pensar con nuestras palabras arquitectónicas y con más profundidad, nuestras habilidades como proyectistas se desplegarán con mayor solidez, los proyectos serán más consistentes y los pasos evolutivos en el proyecto serán totalmente conscientes.

El secreto es detenerse. No seguir en la vorágine en que el mundo actual nos envuelve sin saber para qué corremos todo el tiempo, animados por la velocidad del cambio que nos propone la red para que todo siga igual. Detenerse en las palabras (y valga la contradicción) nos permite avanzar porque sabremos hacia dónde queremos ir. Consumir palabras no es la manera. Repetir las palabras que usan los demás no es garantía de un buen uso del lenguaje. Es cierto que estamos constantemente sometidos a estas prácticas por parte de los medios, pero no podemos perder la capacidad de resistirlo, al menos hablando de la arquitectura, y en especial en un medio universitario. Detenerse es ejercer la Mirada Cercana, la observación precisa

pero desprejuiciada, independiente de lo que ya se ha dicho, observación profunda pero provisional: ni fundamentalista ni dogmática.

Retomando el criterio señalado sobre el uso de las palabras en el taller de diseño, un caso clásico es el del estudiante que dice “aquí voy a hacer un patio”. La mayoría de las veces, esa afirmación no es una palabra genérica inocente. Está cargada de des-intenciones, de cuestiones adheridas involuntarias, heredadas, básicas, de poca profundidad. Este patio, denominado así es muy probable que termine cuadrado, en una posición bastante céntrica del proyecto, de color blanco, con cuatro lados de superficie vidriada, automáticamente concretado. Prefigurado, reductivo, hace que rápidamente pasemos a otra cosa si el docente no repregunta. Si el proyectista, en lugar de decir patio enuncia sus propiedades constitutivas, los efectos deseados, el resultado es totalmente diferente y por supuesto más enriquecedor. Decir que voy a diseñar un espacio de tal proporción, dispuesto en el plan en una posición que define esto o lo otro, con la incidencia del sol de determinada manera, con tal o cual propiedad de sus límites verticales, de los horizontales, del criterio de tratamiento del suelo, tratando independientemente sus componentes, definiendo de la condición con que se relaciona con los espacios interiores, con la naturaleza, con efectos espaciales, con la incidencia climática, etc. es un tema de diseño en sí. Por eso nos interesa que se revise el uso de la palabra. La palabra puede liberar pero también puede ser una prisión, una llamada a la operación arquitectónica robótica, sin compromiso.

Si bien también Rafael Iglesia ha comentado cuestiones similares sobre la palabra mesa, Les Luthiers también han hecho su aporte al respecto, al crear “El Explicado”, un gato didáctico, que ejemplifica con humor pero con profundidad el alcance lo que hemos estado planteando.

Varios son los arquitectos que han intentado explicar qué entienden por las palabras que acompañan argumentalmente y complementan a sus proyectos como ha sido el caso de Koolhaas en el libro SMLXL al desarrollar una especie de diccionario en paralelo a los artículos y los proyectos del estudio, o como Gausa y Guallart quienes en el Diccionario Metápolis de Arquitectura Avanzada intentaron redefinir el lenguaje de una arquitectura que dejó atrás los postulados de la modernidad y pretende abrir otras líneas de trabajo.

En nuestro hacer docente en la universidad, en los campos de la Historia de la Teoría y del Proyecto hemos promovido constantemente volver a pensar las palabras, ajustar o redefinir el lenguaje tanto de las intenciones como en lo operativo. En lugar de Historia (con la inmensa carga que conlleva) proponemos hablar del Pasado de la arquitectura; en lugar de Teoría, (una palabra quizás demasiado grande para el novel proyectista) podemos hablar de Argumentos como algo más accesible; reemplazar el Origen y la causalidad de los objetos por la Procedencia y abandonar la Cronología dogmática y

reguladora por la capacidad de libertad cognitiva del Anacronismo; la Biblioteca podrá ser reemplazada por el Archivo proyectual y la asfixiante Interpretación por la necesaria Transparencia.

La acción primordial es no clasificar para entonces desclasificar, profanar, traer al mundo en movimiento las posibilidades de actuación proyectual con un pensamiento dinámico, abierto, libre e incluso provisional, hoy todavía muy ligado a modelos centenarios. Palabras efectivas en la que se ejerza la parresia y se disponga al aprendizaje consciente de una disciplina tan rica en lenguaje, la arquitectura.

## **Bibliografía**

Agamben, G. (2017). *Profanaciones*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Arteca, R. / Szelagowski, P. (2003). El lenguaje de la arquitectura periódica. *Revista 47 al fondo* (9): 88.

Foucault, M. (2017). *Discurso y verdad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Liernur, J. (2004). *Diccionario de Arquitectura en la Argentina*. Buenos Aires: Clarín.

Sontag, S. (2007). *Contra la Interpretación*. Barcelona: Penguin Random House.

Szelagowski, P. / Remes Lenicov, P. / Díaz Dela Sota, C. (2014). *Propuesta Pedagógica del Taller 7*. La Plata: FAU UNLP.

Tafuri, M. / Dal Co, F. (1978). *Arquitectura Contemporánea*. Madrid: Aguilar.